

Visita a México: la agenda imposible

José Luis Valdés Ugalde

México recibe a Barack Obama mañana. Su visita se realiza en el marco de una crisis de inseguridad y militarización cada vez más extendida de la vida civil mexicana debido a la guerra emprendida contra el crimen organizado. Se trata de una crisis que pronto podría ser de Estado si el gobierno fracasa en su cruzada contra los cárteles y que aflora después de muchos años de tolerancia ante la penetración criminal en las instituciones del Estado mexicano.

Asimismo, la visita ocurre en el preámbulo de su participación en la quinta Cumbre de las Américas y también en el marco de su regreso triunfante de la gira por Europa, Turquía e Irak. Obama ha puesto en evidencia que no hay novatez alguna en su actuar local o internacional, que está dotado de visión estratégica y que el suyo es un nuevo liderazgo internacional paradigmático con fuertes

dosis de pragmatismo. Sin temor a equivocarme, Obama está conduciendo con congruencia su política interna e internacional y ahí están las muestras de distensión en su política hacia Cuba. Si su administración mantiene este tono —a pesar de algunas resistencias—, la suya podría ser una presidencia de nueva época, del regreso de lo que en la jerga de la teoría de relaciones internacionales se llama el centro racional en la toma de decisiones de política exterior, y de la ejecución de una política inteligente que combine tanto factores de poder duro como de poder blando.

La pregunta es: ¿será glorioso el reencuentro de Washington con México? Me temo que no del todo. El éxito de Obama elevó tanto su popularidad como también las expectativas de su homólogo mexicano para que se lleven a cabo transformaciones de fondo en la relación bilateral, transformaciones radicales que son, muchas de ellas, francamente imposibles. Si bien ya es ganancia haber superado la decadencia del largo invierno de la era Bush, que el clima se haya empezado a volver respirable y que Obama se haya decidido por una actuación menos arrogante y receptiva

frente a los problemas regionales y globales, los desafíos a su política bilateral y latinoamericana seguirán siendo enormes.

Obama tendrá que asumir, si puede y le conviene, varias responsabilidades pendientes con México y América Latina. En materia de seguridad, integración y sostenibilidad económica y política, Obama podría ofrecer confianza y algún tipo de apoyo a sus recelosas contrapartes al sur de su frontera. Se antoja pensar que Obama pintará un

escenario integracionista para México y Brasil, por mencionar a dos de sus socios cercanos, similar al propuesto en su discurso de Estambul.

Sin embargo, esto se percibe complicado, casi imposible, dadas las premuras proteccionistas que, de nuevo, se asoman en EU y que en todo caso son parte de los compromisos políticos articulados con sectores importantes dentro y fuera del Partido Demócrata. Las presiones demócratas serán sumamente fuertes como para pensar que la integración, en el marco del TLCAN, se profundice o se amplíe, tal y como Obama sugirió que sucediese con Turquía en el seno de la UE. En consecuencia, no se puede esperar mucho de Washington con relación a su decisión unilateral de interrumpir el apoyo al programa piloto de transporte transfronterizo de carga.

Sobre el tema de la integración como conjunto y de la migración como tema específico, Obama tendrá limitaciones para ofrecer a Calderón otra cosa que no sean escenarios y soluciones de largo aliento y, en cambio, sí abordar a plenitud el principal problema de hoy en la magullada relación bilateral México-EU, el de la seguridad. Tema que no se ha dejado de abordar insistentemente en las últimas semanas y que además ha sido bandera electoral de Calderón y su partido.

Las visitas de Clinton, Napolitano y Holder, así como la reciente propuesta de ejercicios navales conjuntos, Unitas 50-90, propuestos por el Ejecutivo y que el Senado mexicano tendría, en congruencia, que aprobar, son claros indicios del nivel de prioridad que la criminalidad tiene para nuestros vecinos del norte.

En contra de los buenos deseos del gobierno mexicano y de colegas y analistas bien intencionados, la seguridad y no otros temas, hoy marginados por el primero, será el tema central de la agenda a tratar. México y EU viven una convergencia que es consecuencia de un conflicto: el crimen organizado, que se vive y sufre como una amenaza de seguridad que es tanto de carácter interno como transnacional.

Conociendo el pragmatismo estadounidense y el fatalismo mexicano, todos los otros temas que se aborden tendrán una atención formal pero que podría quedar subsumida bajo el halo de una aparente atención de Estado. Es probable, entonces, que presenciemos el tratamiento de una agenda que en su complejidad integral será imposible de resolver bien y pronto. Y ante esto atestigüaremos de nuevo, a pesar de la oportunidad histórica que se presenta, que los rezagos de nuestro subdesarrollo estructural chocarán de frente con las pasiones modernizadoras de Obama.

Internacionalista y director del Cisan de la UNAM

